

LOS JAGUARES DE CHIAPAS: UN MOMENTO EN EL ANÁLISIS ANTROPOLÓGICO DEL FUTBOL (NOTAS DE DIARIO DE CAMPO)

Andrés A. Fábregas Puig*

INTRODUCCIÓN

En el año 2000 ocurrió un suceso inédito en el estado de Chiapas: logró la gubernatura por votación libre un político que no militaba en el Partido Revolucionario Institucional (PRI), además de profesar la religión evangélica. No sólo eso. El recién llegado gobernador, Pablo Salazar Mendiguchía era y sigue siendo un aficionado al deporte en general, pero en especial le atrae el futbol y, en menor medida, el básquetbol y el béisbol; en ese orden. Solo seis años antes, en enero de 1994, un grupo armado nombrado Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) atacó a cuatro ciudades chiapanecas, incluyendo la icónica San Cristóbal de las Casas, argumentando rebelarse contra el gobierno presidido por Carlos Salinas de Gortari, en momentos, además, en que entraría en vigor el muy discutido Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos y Canadá, el célebre TLC. Por si eso no fuese poco, el levantamiento armado se producía en momentos en que los círculos de poder

en el país enfrentaban la eminencia de la elección de un nuevo candidato a la Presidencia de la República, que a la postre sería asesinado en la ciudad de Tijuana, sumiendo a México en una crisis política que aceleró la llegada del Partido de Acción Nacional (PAN) al poder en el año 2000. En el contexto de la llamada alternancia, Pablo Salazar Mendiguchía logró lo que ningún político chiapaneco había intentado: una alianza de partidos para desplazar al PRI del poder y erigirse gobernador del estado.

Pablo Salazar asumió la gubernatura de una entidad muy golpeada por los sucesos nacionales, incluyendo el levantamiento del EZLN. El manejo hábil e inteligente de la comunicación por la dirigencia del ejército zapatista difundió la imagen de un Chiapas en la que un círculo de poder, la mayoría ganaderos, explotaban a la mayoría indígena de la población. Los sucesos de Chiapas se colocaron en las primeras planas de la prensa nacional e internacional, alentando todo tipo de análisis y visiones, incluyendo las provenientes de sujetos que nunca habían visitado la entidad, pero que escribían acerca de unos pueblos indios

* CIESAS-Occidente. Correo electrónico: afabregas@ciesas.edu.mx

sometidos a las peores injusticias por una población no india pero dominante. Cientos de periodistas extranjeros se instalaron en Chiapas y paulatinamente convirtieron a la monástica ciudad de San Cristóbal de las Casas en un lugar cosmopolita que atrajo turistas de todos los rumbos del planeta. Precisamente fue en los Altos de Chiapas en donde se fundó en 1950 el primer Centro Coordinador Indigenista, siguiendo los planteamientos teóricos de Gonzalo Aguirre Beltrán, expuestos en su teoría de las Regiones Interculturales de Refugio y los Centros Rectores. Los Altos de Chiapas fueron el contexto en el que se inició la discusión sobre los procesos de aculturación y colonialismo planteados por Rodolfo Stavenhagen, además de las propuestas previas de Pablo González Casanova sobre el colonialismo interno. El estado de Chiapas ha estado en el ojo de los antropólogos, no sólo indigenistas, sino en general, incluyendo la presencia de universidades como la de Chicago y Harvard.

Las demandas por demás justificadas del EZLN mantenían a Chiapas en la mira del mundo y eso afectó a la sociedad chiapaneca en su conjunto. Las relaciones ladino/indígenas, conflictivas como son, caracterizan a regiones como los Altos de Chiapas, cuyo centro rector es precisamente la ciudad de San Cristóbal. Pero se difundió la opinión de que era la población no india de Chiapas la que explotaba a los pueblos indios en general. Ello obviaba la complejidad de la entidad, y la variedad de su población, en momentos en que la urbanización avan-

zaba sobre el sector agrícola. Salazar Mendiguchía llegó a la gubernatura de una sociedad quebrada y acomplejada por la imagen que de ella se difundía mundialmente. Las divisiones de los chiapanecos debilitaron a los signos de identidad colectivos, en el contexto de una sociedad fuertemente estratificada, con círculos de poder signados por el atraso en medio de una modernidad inconclusa. En efecto, uno de los problemas que afronta la sociedad chiapaneca en su conjunto es el dominio continuado no sólo de oligarcas sino de cleptócratas que han saqueado a la entidad, dejándola más empobrecida que el régimen anterior. Ante eso, existe —o existía en los tiempos a los que me refiero— una suerte de depresión social generalizada que se manifestaba en una expresión que se repetía en conversaciones y reuniones: “Que hemos hecho los chiapanecos para que se nos castigue de esta manera”, expresión que aludía a la rapacidad e ineficacia de los gobiernos. La situación reiterada del paso de gobiernos saqueadores también repercutía en la configuración y dinámica de una identidad colectiva, lo que afectaba al propio proceso de formación de comunidades de identidad.

Por los días en que Pablo Salazar Mendiguchía asumió la gubernatura del estado de Chiapas se había publicado *Lo sagrado del Rebaño*, obra de la que llegó a sus manos un ejemplar. Ello coincidió con la idea del gobernador de introducir en la entidad el fútbol profesional por medio de un equipo que estuviera en capacidad de participar en la liga mayor de este

deporte. La tesis de que el fútbol tenía la capacidad de articular identidades, expuesta en el libro de Andrés Fábregas, llamó especialmente la atención del titular del Ejecutivo estatal. A ello se sumó una coyuntura que facilitaba la adquisición de un equipo profesional por medio de la compra de una franquicia vacante, provocada por los movimientos de ascenso y descenso del torneo de segunda división del fútbol mexicano. El gobernador escogió el nombre de Jaguares de Chiapas debido al simbolismo que ese felino tiene en los pueblos indios de la entidad y en la cultura popular en general. En efecto, el jaguar que en lenguas mayas se nombra *balam* o *bolom*, un símbolo del poder en las culturas prehispánicas que habitaban el territorio de lo que es hoy Chiapas. Más todavía, el Sol tenía la capacidad de transformarse en ese felino para viajar durante las noches por el mundo de los muertos. Por esa razón, la piel moteada del jaguar representa para las culturas mayas a las estrellas brillando en el cielo nocturno. No es sólo una presencia del pasado. Dicho carnívoro es el protagonista de danzas que se interpretan en la actualidad como la del Kalalá en el poblado de Suchiapa. Además, el jaguar está asociado a las lluvias, lo que era vital en una sociedad como la de Chiapas de aquellos años, en donde la vida rural era dominante, con una agricultura dependiente de las lluvias. El gobernador chiapaneco logró convencer a empresarios locales y foráneos para que se unieran al proyecto de instalar un equipo profesional de fútbol en Chiapas e inscribirlo en

la Liga Mayor llamada MX. Por su parte, el gobierno del estado se comprometió a adecuar el estadio con el que contaba en Tuxtla Gutiérrez, que lleva el nombre de un profesor de educación física muy querido, como homenaje a su labor educativa y a su memoria. Así, el recinto fue bautizado como Estadio Zoque Víctor Manuel Reyna, aludiendo también al pueblo prehispánico fundador de Coyatocmo, luego llamada Tuchtlán y finalmente Tuxtla Gutiérrez.

El equipo, cuyo nombre completo es Chiapas Jaguar Fútbol Club, fue anunciado oficialmente el 27 de junio de 2002. El gobernador pronunció un discurso haciendo alusión al porqué del apelativo de *Jaguares*. El benjamín del fútbol mexicano en aquellos días jugaría su primer torneo en el periodo de apertura del 2002, en un estadio prestado, el del Cruz Azul de la Ciudad de México, al no estar listo el campo de juego local. Ese primer partido fue contra los Tigres de la Universidad de Nuevo León, un encuentro entre felinos, que terminó ganando el conjunto norteco por 3 goles a 1, pero que inició el conteo de goles a favor para los Jaguares de Chiapas, al anotar el jugador argentino Lucio Filomeno a sólo 8 minutos de terminarse el partido.

Los Jaguares adoptaron pantaloncillos de color naranja, el mismo de la flor del flamboyán, el árbol ícono de Tuxtla Gutiérrez, que el propio Juan Bañuelos homenajeó en aquel poema que en uno de sus versos dice: “Un día en mi ciudad de flamboyanes, masqué la soledad/y solapadamente me puse piel de noche”. Los chiapanecos verían

jugar por vez primera a su equipo en su propio estadio después de haber perdido sus dos primeros partidos ante los Tigres de Nuevo León y los Tuzos del Pachuca. El día señalado, los aficionados se pusieron “solapadamente” la piel del jaguar en la ciudad de los flamboyanes para recibir a su representativo.

NOTAS DEL DIARIO DE CAMPO

Días antes del partido, Tuxtla Gutiérrez lucía agitada. Caminando por la ciudad uno podía ver en el rostro de la gente la emotividad y la expectativa por el juego que venía. En la capital del estado, como en otras tantas ciudades del país, la afición al fútbol simpatiza con las Chivas Rayadas por la sencilla razón de que en ese equipo sólo juegan mexicanos y es el *alter ego* de la selección mexicana. Además, nunca antes había existido en Chiapas un equipo de fútbol profesional jugando en la liga mayor, compitiendo con los grandes de ese deporte. Tampoco había televisión en el estado hasta que en 1968 llegó a la capital Tuxtla Gutiérrez para que una parte de los chiapanecos pudiera ver las olimpiadas. Los partidos de fútbol y el box se escuchaban por la radio y la gente volcaba sus preferencias hacia un equipo como el de las Chivas Rayadas, que representaba al fútbol mexicano en un torneo en el que todos los demás conjuntos juegan con algunos extranjeros. Así que días antes del partido Chivas contra Jaguares, los aficionados se encontraron ante la disyuntiva de cambiar de piel en su propia tierra.

Todo mundo hablaba del encuentro, hasta quienes no se interesaban en el fútbol. Se presentía que algo inusual, extraordinario, estaba por ocurrir. En las calles de Tuxtla Gutiérrez había personas vestidas con las camisetas naranjas de los jaguares, pero pintados los rostros con las rayas características de las Chivas. En los cafés en los que se reunía la intelectualidad local, los periodistas o los políticos, el tema era ese próximo desafío, el misterio del modo como jugarían los Jaguares contra un equipo tan querido y experimentado como las Chivas. Los hoteles se llenaron de chiapanecos que venían de todos los rumbos del estado para presenciar el juego. Hubo aficionados que se trasladaron desde Centroamérica por el interés de presenciar un partido protagonizado por las Chivas Rayadas de Guadalajara. La ciudad de Tuxtla Gutiérrez vivía días especiales con su juventud vestida de naranja, con aficionados de todas las edades y de todas las clases sociales hablando de un partido de fútbol.

El sábado anterior al juego llegaron las Chivas Rayadas a Tuxtla Gutiérrez. El recibimiento en el aeropuerto fue apoteósico: una multitud aclamó al Rebaño Sagrado. Una larga valla se formó hasta la puerta del hotel para acompañar al autobús que transportaba a los asombrados jugadores. Las calles de la capital del estado se llenaron de aficionados que agitaban las dos banderas: Jaguares y Chivas representaban el inicio de un tiempo nuevo en Chiapas. El fútbol devolvía a los chiapanecos la alegría de vivir y de conmemorar juntos. El antropólogo recorría

la ciudad en donde nació redescubriéndola en una dimensión desconocida. Los saludos permitían observar las miradas brillantes, los rostros expectantes, mientras las palabras que se cruzaban se dirigían a comentar lo extraordinario del momento.

El domingo 17 de agosto de 2002, el Estadio Zoque Víctor Manuel Reyna amaneció rodeado de los comercios futboleros y de un público que acudía a presenciar el primer partido oficial del fútbol profesional de primera división en Chiapas. La gente compraba camisetas, gorras, silbatos, serpentinas y hasta bufandas en una tierra tan calurosa como Tuxtla Gutiérrez. No faltaban los puestos que expendían pozol, garnachas, tamales y toda suerte de bocadillos chiapanecos. La gente ingresaba al estadio con risas, coreando el nombre de los dos equipos, agitando banderas, alegres. Hubo 35 000 aficionados en ese día. La máxima capacidad del estadio tuxtleco. Se llenaron las cantinas, los bares de hoteles y los restaurantes para ver el juego por la televisión. Era la primera ocasión en que los chiapanecos, después del 1 de enero de 1994, se reunían en fiesta.

El gobernador de Chiapas, Pablo Salazar Mendiguchía, era —y lo sigue siendo— “chiva” de corazón. En la llamada Casa de Gobierno, residencia oficial del Poder Ejecutivo del estado, muy de mañana, el dirigente invitó a desayunar a sus colaboradores para repartirles las camisetas naranjas de los Jaguares y conminarlos a que asistieran al estadio, fueran o no aficionados al fútbol. El mismo se quitó la camiseta de las Chivas que traía pues-

ta y se la cambió por la del Jaguar. Fue un momento muy particular cuando un aficionado a un equipo que desempeña una función de poder y de gobierno cambiaba de piel para reafirmar un compromiso y legitimar su posición. Acto seguido ordenó a sus colaboradores seguirlo al estadio.

Desde el palco del gobernador de Chiapas la vista del estadio era espectacular: el público abarrotando las gradas, agitando banderas de las Chivas y de los Jaguares, cantando y animando a ambos equipos. Era una situación inusual: ambos equipos jugarían como locales; ambos equipos eran animados por el público. Difícilmente se dará esa situación, de nuevo, en el fútbol mexicano.

Al salir al campo los dos conjuntos, el rugido del público fue ensordecedor. La gente dejó todos sus problemas fuera del estadio y se concentró en el juego. Los gritos eran espectaculares animando a los dos equipos: ¡arriba las Chivas! se escuchaba para luego oírse el ¡arriba los Jaguares! Las banderas de ambas escuadras irrumpían en el espacio pintando de colores múltiples el escenario. Los jugadores formados al centro de la cancha veían asombrados aquel espectáculo. La gente les exigía que jugaran al fútbol, simplemente eso, que jugaran su mejor partido. El sonido local anunció los protocolos ceremoniales y la multitud guardó silencio para escuchar el Himno Nacional. Muchos saludaron llevándose las manos al pecho. Pero la apoteosis llegó al momento de anunciarse el Himno a Chiapas. La multitud empezó a entonar con fuerza aquel

cántico cuyo coro dice: “Compatriotas que Chiapas levante/ Un oliva de paz inmortal/ Y marchando con paso gigante/ A la gloria camine triunfal”. Por primera vez después del levantamiento armado del EZLN, los chiapanecos escenificaban un ritual de identidad masivo.

El partido fue espectacular. Ninguno de los jugadores era oriundo del estado, y por lo tanto, estaban muy lejos de entender qué sucedía. Pero jugaron al máximo. La gente coreó las jugadas de ambos bandos en todo momento. Llegó primero el gol de las Chivas anotado por Omar Bravo, el cuarto en esa temporada en la que quedaría como campeón goleador con 10 tantos. De paso, Omar Bravo fue el primero en anotar en el estadio Zoque Víctor Manuel Reyna. La gente aplaudió el tanto como si hubiera sido del equipo local. Para ese público significó un regalo el que el primer gol en el estadio chiapaneco lo anotara un jugador de las Chivas. Siguió el partido y, por fin, empataron los Jaguares a través de Felipe de Jesús Ayala, saludado por la multitud con euforia, que así recibía el primer gol local anotado en su propia casa. La multitud saludó el empate en aquel inusitado ritual de identidad en que se convirtió el partido entre las Chivas Rayadas del Guadalajara y los Jaguares de Chiapas. Los chiapanecos reafirmaron su identidad local, pero también su identificación como mexicanos. El fútbol fue el contexto de este suceso que abrió un capítulo en el estado, no sólo en cuanto a la cuestión identitaria, sino también en el proceso de moder-

nización y de urbanización de la entidad federativa que en aquellos días era uno de los centros de atención mundiales y uno de los territorios rurales de México.

COMENTARIO PARA FINALIZAR

El caso de los Jaguares de Chiapas es bastante singular en el contexto del fútbol profesional en México. En primer lugar, es un conjunto deportivo que nace a partir de la iniciativa de un gobierno estatal presidido por un gobernador aficionado al fútbol. La coyuntura sociocultural de ese acontecimiento es también muy particular: Chiapas era en ese momento el foco de atención mundial a causa de la rebelión armada del EZLN. Uno de los resultados de ese levantamiento fue no sólo exponer la situación de los pueblos indios del estado, sino también ocultó la complejidad de una sociedad en la que se combinan las relaciones de clase social con las relaciones étnicas (interculturales) desiguales. En una región como los Altos de Chiapas se localizó la primera Región Intercultural de Refugio, que decía Gonzalo Aguirre Beltrán, reconociendo la existencia de relaciones étnicas desiguales, en cuyo contexto los pueblos indios llevaban la peor parte, en favor de los ladinos. Chiapas en aquellos tiempos era un territorio rural, con una modernidad inconclusa, con un sector de la población muy minoritario en posesión y control de la riqueza, pero que no cumplía y no cumple, aún, con las características de un empresariado capitalista. Son estrechos círculos acumuladores pero no empresariales. El

equipo de fútbol vino a llamar la atención sobre la importancia de invertir y poner en marcha empresas que no sólo dan empleo, sino que provocan un círculo de “economía informal” alrededor de ellas, como lo muestra el caso del equipo de fútbol Jaguares de Chiapas. Todo ello se dio en una etapa en la que avanzaba el proceso de urbanización en la entidad, los cambios demográficos también estaban en marcha e, incluso, un proceso de emigración de los pueblos indígenas hacia Estados Unidos, algo que nadie esperaba. A ello se unen los resultados del levantamiento armado del EZLN que, entre otros, convirtió a San Cristóbal de las Casas de ciudad monástica en centro turístico internacional.

La corrupción desatada después del gobierno de Pablo Salazar fue haciendo que el gobierno perdiera interés en sostener el equipo de fútbol. Final-

mente fue vendido y dejó abatida a la afición. No sólo fue la corrupción, en el propio gobierno de Chiapas que alcanzó niveles de incredulidad, un factor para explicar la cancelación del fútbol profesional, sino la propia corrupción en el ámbito deportivo lo que también explica la desaparición de un símbolo de identidad en vías de consolidación. Pero eso es una temática particular que requiere un tratamiento aparte.

Ajijic, ribera del Lago de Chapala,
a 12 de abril de 2020.

BIBLIOGRAFÍA

FÁBREGAS PUIG, Andrés, *Lo sagrado del Rebaño. El fútbol como integrador de identidades*, México, El Colegio de Jalisco, 2001.